



fuerza militar (p. 37). Tanto en Uruguay como en Colombia las guerras civiles evolucionaron como guerras partidistas. Como consecuencia, los partidos se convirtieron en actores principales en la creación de los estados y el ejército se formó bajo el control de la elite política. En Argentina, en cambio, los conflictos principales no coincidieron con conflictos desarrollados a través de líneas partidarias. Gracias a los recursos financieros de la ciudad de Buenos Aires, el ejército urbano central venció gradualmente a las milicias rurales, y se convirtió en un actor con un papel más activo que los partidos en el proceso de formación estatal.

El argumento provee de claves muy importantes para entender la relación que existe entre la evolución de los partidos políticos y el proceso de democratización en América Latina. La hipótesis de que la guerra civil puede crear incentivos para la formación de partidos organizados contradice persuasivamente la visión convencional de que los partidos modernos sólo emergen ante la presencia de elecciones competitivas. Esto es evidente en América Latina, ya que el fraude electoral fue una práctica constante en la región a lo largo del siglo XIX. El impacto de la guerra en el peso relativo de los partidos o del ejército en la formación del Estado también aporta datos acerca del impacto de factores distintos del

desarrollo económico, la cultura o las estructuras institucionales en el proceso de democratización. En particular, la comparación entre Uruguay, Argentina y Colombia revela que fue precisamente Argentina, el país más influenciado por los valores culturales de Occidente y con los niveles relativamente mayores de modernización económica y social, la que experimentó el fracaso democrático más claro en las primeras décadas del siglo XX.

Uno puede detectar, sin embargo, algunas debilidades en la estructura argumentativa del trabajo. En primer lugar, el autor necesita hacer explícitos los mecanismos que vinculan a cada una de las variables. No es evidente, por ejemplo, la lógica causal que relaciona el patrón de conflicto bélico con el tipo de movilización de los campesinos. El hecho de que en algunos casos el ejército y en otros los partidos hayan movilizado a los pobres rurales parece más una afirmación descriptiva que una explicación causal. Existe también un tono determinista y funcionalista en el argumento. De acuerdo con el autor, la abolición de la competencia partidista y la construcción de un ejército nacional bajo el gobierno de Rosas en la década de 1840 determinó la debilidad de los partidos y la fuerza del ejército en Argentina (p. 173). Pero no hay teleología alguna en este proceso. A diferencia de

Argentina, países como México experimentaron guerras civiles tempranas que tomaron la forma de guerras de partidos. En forma similar a Argentina, sin embargo, México no logró en desarrollar un sistema de partidos fuerte en la segunda mitad del siglo XIX. Un problema semejante afecta el argumento en relación con el resultado democrático. Argentina, es cierto, experimentó un golpe militar en 1930. Pero nada indicaba que éste sería el caso en 1912, cuando una reforma electoral negociada hizo posible en este país una transición pacífica a la democracia. Uruguay, por otra parte, inauguraba por las mismas fechas un régimen democrático que

fue estable por varias décadas. Sin embargo, para los primeros años de la década 1970-1980, una intervención militar causó el fin de la democracia en este país, tal como ocurrió en Argentina unas décadas antes. A pesar de estas deficiencias teóricas, algunas de ellas justificadas por la complejidad del tema, el trabajo de López-Alves es una contribución más que bienvenida al poco desarrollado campo de la sociología histórica comparada en los estudios latinoamericanos. Se convertirá, no tengo duda, en una referencia obligada para cualquier interesado en temas de desarrollo político y democracia en América Latina.